

Presentó un memorial al rey y á la reina, suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María, esponiéndoles las calidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades: bien que, hablando del marques de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente:—*Juzgo á Don Ramiro Nuñez digno de Doña María. Sin embargo, elige por tí mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade.*—EL REY.

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una orden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marques de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. Á los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que, conformándome á su excesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras.—Gil Blas, me dijo un dia que le parecí abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias.—¡Ah señor, le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi razon el mas duro, si no las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿podria V. E. llorar la muerte de una hija de tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.



CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérole éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado écsito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia.



OMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguien- te tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el prado de San Gerónimo.

—Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así nunca lograria el gusto de...—Déjate de reconvencciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi genio. Un amigo mio me ha colocado en casa de Don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este Don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

—Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese Don Beltran verosíblemente será muy rico.—¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y

algunas veces yo mismo soy el portador de los billetes para hacer ver mis muchos talentos.

—Pero tú no me enteras, le dije, de lo que mas deseo saber: ¿te pagan bien tus epigramas epistolares?—Con mucha liberalidad, me respondió: no todos los ricos son espléndidos, pues algunos conozco que son muy tacaños; pero Don Beltran se porta conmigo generosamente. Además de los doscientos doblones de sueldo que me tiene señalados, me da de tiempo en tiempo algunas pequeñas gratificaciones; lo cual me pone en estado de hacer el papel de señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de la melancolía.—En suma, le repliqué yo, ¿es tu tesorero hombre de tanto gusto que conozca las bellezas de una obra y note sus defectos?—Oh, tanto como eso no, me respondió Nuñez: aunque tiene una verbosidad que deslumbra, no es inteligente. Sin embargo, se cree otro *Tarpa*¹: decide resueltamente, y sostiene su opinion con tanta altanería y tenacidad, que las mas de las veces, cuando disputa, todos se ven obligados á ceder, para evitar una granizada de espresiones descorteses que acostumbra descargar sobre los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces me asista para ello, porque además de los epítetos poco gustosos que oiria de su boca, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo, pues, continuó, todo lo que él alaba, y repruebo todo cuanto le disgusta. Por esta condescendencia, que en la realidad poco ó nada me cuesta, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y voluntad de mi patrono. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me sugirió él mismo. Compúsela á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me ha dado.

Preguntéle el título de la tragedia; y me respondió:—Intitúlase *el Conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del Príncipe dentro de tres dias.—Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu ingenio me hace esperar.—Yo tambien lo espero, me dijo él: verdad es que no hay esperanzas mas falibles que estas, por estar tan inciertos los autores del écsito que tendrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la primera representacion. Yo no asistí á ella por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó; y lo mas que pude hacer fué enviar á Escipion, para que á lo menos me informase del écsito de una pieza en que me interesaba. Después de haberle estado esperando con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió

¹ Espurio Mecio Tarpa fué un crítico romano del tiempo de Augusto, nombrado en compañía de otros cuatro para ecsaminar las obras dramáticas y demas composiciones poéticas.

mala espina, y no me dejó presagiar cosa buena.—Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público á *el Conde de Saldaña*?—Malísimamente, me respondió: en mi vida he visto comedia tratada con mayor ignominia; me he salido, indignado de la insolencia del patio.—No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra la manía que Nuñez tiene de componer piezas dramáticas. ¿No debe haber perdido el juicio para preferir los ignominiosos silbidos del populacho al decoroso estado en que pude colocarle? Así me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por la inclinacion que le tenia, afligiéndome de la desgracia de su drama, mientras él estaba tan satisfecho de su obra.

Efectivamente, dos dias despues le ví entrar en mi cuarto que no cabia en sí de gozo.—Santillana, exclamó alborozado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala tragedia ha causado mi fortuna.—Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña*: todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha para toda la vida.

Quedé aturdido al oír hablar de este modo al poeta Nuñez.—¿Cómo así, Fabricio? le pregunté pasmado: ¿es posible que el alto desprecio con que fué tratada tu tragedia sea puntualmente el motivo de tu desmesurada alegría?—Así es, ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que Don Beltran tuvo en su composicion; por lo mismo la calificó de una obra á todas luces escelente. Picado en extremo de que el público hubiera sido de un sentir tan contrario al suyo, me dijo esta mañana:—Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni:

Si tu tragedia pareció tan mal á las gentes, á mi me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consueles del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde ahora te señalo dos mil escudos de renta anual y vitalicia sobre todos mis bienes. Vamos desde aquí á casa de mi escribano á otorgar la escritura. Con efecto, partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donacion, y me ha pagado el primer año anticipado.

Dí mil parabienes á Fabricio por el desgraciado écsito de su *Conde de Saldaña*, que habia redundado en provecho del autor.—Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ¡Dichoso yo una mil veces de haber sido silbado! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aplausos, ¿qué fruto hubiera sacado de ellos? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbidos en un instante me han puesto en estado de pasar cómodamente el resto de mis dias.



CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Escipion, el cual se embarca para Nueva-España.



O miró mi secretario sin alguna envidia la impensada fortuna del poeta Nuñez, de manera que en toda una semana no cesó de hablarme de ella.—Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la fortuna, la cual muchas veces parece que se deleita en colmar de bienes á un detestable autor, mientras abandona á los mejores en manos de la miseria. ¡Cuánto celebraria yo que un dia se le antojase hacerme rico de la noche á la mañana!—Eso, le dije, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar *el templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y opulentos los que logran su favor.—Decís, señor, mucha verdad, me respondió; pero es menester tener paciencia para esperarle.—Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando alguna buena comision? Con efecto, pocos dias despues se me presentó ocasion de emplearle útilmente en servicio del conde-duque, y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con Don Ramon Caporis, mayordomo del primer ministro, y era el asunto sobre las rentas de S. E.—Mi señor, decia él, goza de varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin mas obligacion que la de llevar la Cruz de Alcántara. Fuera de eso, los tres empleos de gentil-hombre de cámara, caballero mayor, y gran canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¡Sa-

be vd. cómo? Cuando los buques del rey salen de Sevilla ó de Lisboa para aquellos paises, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especería, colores y otras drogas que en el Nuevo Mundo están casi de balde, y en Europa se venden á subido precio. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin el menor perjuicio del erario. Y no estrañará vd., continuó, que las personas empleadas en hacer este comercio vuelvan todas cargadas de riquezas, porque S. E. lleva á bien que haciendo su negocio hagan tambien ellas el suyo.

El hijo de la Coscolina, que escuchaba nuestra conversacion, no pudo oir hablar así á Don Ramon sin interrumpirle:—Pardiez, Señor Caporis, exclamó, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á México.—Presto satisfaria yo tu curiosidad, le dijo el mayordomo, si el Señor de Santillana no se opusiera á tus deseos. Aunque soy algo delicado en la eleccion de los sugetos que envio á las Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el que los nombro, desde luego te sentaria ciegamente en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo.—Mucha satisfaccion tendria, dije á Don Ramon, en que vd. me diese esta prueba de amistad. Escipion es un mozo á quien estimo, y ademas de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto: respondo por él, como pudiera responder por mí mismo.

Siendo así, replicó Caporis, desde luego puede marchar á Sevilla, de donde dentro de un mes se harán á la vela los navíos que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Escipion con el nuevo empleo, dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceite, y pudiese así traficar por su cuenta en las Indias. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna en el viage, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.





CAPÍTULO XII.

Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva: motivo de su viage: grave afliccion de Gil Blas, y alegría que le siguió.



PENAS se habia ausentado Escipion, cuando un page del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas palabras:—*Si el Señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mayores amigos.*

¿Quién podrá ser este amigo? decia yo entre mí mismo, ¿y por qué razon me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazornarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Salí al instante de casa, me encaminé á la calle de Toledo, llegué al sitio señalado, y quedé no poco suspenso de encontrar á Don Alfonso de Leiva.—¿Qué es lo que veo! exclamé: ¡V. S. aquí, señor!—Sí, mi querido Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que tienes á la vista.—¿Pero qué negocio le ha traído á V. S. á Madrid? le dije.—Te voy á sorprender, me respondió, y á afligirte enterándote de la causa de mi viage. Sábeta que me han quitado el gobierno de Valencia, y que el primer ministro ha mandado me presente en la corte á dar cuenta de mi conducta. Permanecí un cuarto de hora en un profundo silencio: despues volviendo á tomar la palabra:—¿De qué se le acusa á V. S.? le dije:—Nada sé, respondió; pero atribuyo mi desgracia á la visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Lerma, que hace un mes se halla confinado en su palacio de Denia.

—¡Oh! en verdad, interrumpí yo, que V. S. tiene razon en atribuir su desgracia á esa indiscreta visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me permitirá le diga que se olvidó de consultar su acostumbrada pru-



dencia cuando fué á ver á un ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, me dijo él, y he tomado voluntariamente mi determinacion. Me retiraré con mi familia á la quinta de Leiva, donde pasaré en un profundo sosiego el resto de mis dias. Lo único que ahora me aflige, añadió, es el verme obligado á presentarme á un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. Á pesar de que esto es una necesidad, he querido hablarte antes de someterme á ella.—Señor, le dije, no se presente V. S. al ministro, sin que yo sepa antes de lo que se le acusa, pues el mal no es irreparable. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que ecsigen de mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto, le dejé en el meson, asegurándole que dentro de poco nos volveríamos á ver.

Como yo no intervenia ya en ningun negocio de estado desde las dos memorias de que he hecho tan elocuente mencion, fuí á buscar á Carnero para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leiva se le habia quitado el gobierno de la ciudad de Valencia. Respondióme que sí; pero que ignoraba la causa de ello. Con esto resolví sin vacilar acudir al mismo ministro para saber de su propia boca los motivos que podia tener para estar quejoso del hijo de Don César.

Estaba yo tan penetrado de dolor por este fatal acontecimiento, que no tuve necesidad de aparentar tristeza para parecer afligido á los ojos del conde.—¿Qué tienes, Santillana? me preguntó luego que me vió: descubro en tu semblante señales de pesadumbre, y aun veo que las lágrimas están prontas á correr de tus ojos. ¿Te ha ofendido alguno? habla, y pronto quedarás vengado.—Señor, le respondí llorando, aun cuando quisiera disimular mi pena no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia Don Alfonso de Leiva, y no podian darme noticia que me fuera mas sensible.—¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el ministro admirado: ¿pues qué tienes tú con Don Alfonso ni con su gobierno? Entonces le hice una puntual relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del duque de Lerma para el hijo de Don César el gobierno de que se trataba. Despues que S. E. me oyó con una atencion llena de bondad hácia mí, me dijo: —Enjuga tus lágrimas, amigo mio. Ademas de que yo ignoraba lo que me acaba de contar, te confesaré que miraba á Don Alfonso como hechura del cardenal de Lerma. Ponte en mi lugar; la visita que hizo á este purpurado ¿no te le hubiera hecho sospechoso? Quiero no obstante creer que, habiéndosele conferido su empleo por aquel ministro, puede haber dado este paso por un mero impulso de agradecimiento.

Siento haber separado de su empleo á un hombre que te le debia á tí; pero si deshice lo que habias hecho tú, puedo repararlo, y aun quiero hacer por tí mas de lo que hizo el duque de Lerma. Don Alfonso de Leiva tu amigo no era mas que gobernador de la ciudad de Valencia; pero yo le hago virey del reino de Aragón. Te doy licencia para que le comuniqués esta noticia, y puedes decirle que venga á prestar juramento.

Cuando oí estas palabras, pasé del extremo de la afliccion á un esceso de alegría que me enagenó en términos que lo conoció S. E. en el modo de manifestarle mi agradecimiento; mas no le desagradó el desconcierto de mis palabras, y como le habia enterado de que Don Alfonso estaba en Madrid, me dijo que podia yo presentársele en aquel mismo dia. Fuí volando al meson de San Gabriel, en donde colmé de gozo al hijo de Don César, anunciándole su nuevo empleo. No podia creer lo que yo le decia, porque tenia dificultad en persuadirse de que, por mas amistad que me tuviera el primer ministro, fuera capaz de dar vireinatos por mi influjo. Condújele á casa del conde-duque, que le recibió muy afablemente, y le dijo que se habia comportado tan bien en su gobierno de la ciudad de Valencia, que contemplándole el rey apto para desempeñar un empleo mas elevado, le habia nombrado para el vireinato de Aragón.— Por otra parte, añadió, esta dignidad no es superior á la categoría de vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa no podria quejarse de la eleccion de la corte. S. E. no me tomó en boca, y el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, lo que puso á cubierto á Don Alfonso y al ministro de las habladurías del público sobre el nombramiento de un virey que era hechura mia.

Luego que el hijo de Don César estuvo seguro de su promocion, despachó un propio á Valencia para noticiarla á su padre y á Serafina, que al momento pasaron á Madrid; y su primera diligencia fué visitarme y colmarme de demostraciones de vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo tan tierno y glorioso fué para mí ver á las tres personas que mas amaba en el mundo, abrazarme á competencia! Tan agradecidos á mi amor como al esplendor que el vireinato iba á añadir á su casa, no hallaban palabras con que manifestar su reconocimiento. Me hablaban como si trataran con un igual suyo, pareciendo haber olvidado que habian sido mis amos: todo les parecia poco para darme pruebas de amistad. Para suprimir circunstancias inútiles, Don Alfonso, despues de haber recibido el real despacho, dado gracias al rey y al ministro, y prestado el juramento acostumbrado, marchó de Madrid con su familia para ir á establecer su residencia en Zaragoza. Hizo allí su entrada pública con la mayor magnificencia; y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un virey que les era muy acepto.

